

13. Sombras de misericordia

El imán recitó *Bismillah ar-Rahman ar-Rahim*, palabras que se elevaron melódicamente a través de la mezquita, proyectadas por su voz hipnóticamente bella. Recordaba como estas palabras, *En el nombre de Allah, el Compasivo, el Misericordioso* una vez me habían liberado de mi cautiverio en Wardak. Recordaba la bella voz del Qari recitando este verso dos años atrás y su caligrafía del verso en ese pequeño pedazo de papel colocado en mi bolsillo; este verso actuó casi como una llave, abriendo la puerta a la misericordia, cuando mi captor lo leyó.

Era 1991 y yo estaba en Konya, Turquía, en la mezquita situada al lado de la tumba de Rumi. Dije esas mismas palabras cuando comencé la ceremonia breve que mis amigos derviches habían venido a presenciar: mi conversión formal al Islam. Sentado pacíficamente en la mezquita ese día, pensaba acerca de como finalmente había llegado a darme cuenta de que era el momento de que diera este paso. Algunos meses antes, cuando me reuní con Jamaluddin Rahmatullah por última vez en el norte de Afganistán, él me dijo:

- Sikandar, tú tienes un vino poderoso, pero ¿en que copa lo sostendrás, para así no derramarlo en el suelo?

Por vino el quiso decir una capacidad para la experiencia mística, la receptividad a la gracia de Dios. Está capacidad es inherente a todos los seres humanos pero solo se manifiesta en aquellos que hacen de esta búsqueda su objetivo fundamental en la vida y cuyos esfuerzos son aceptados por Dios. Los Sufis usan al vino terrenal como un símbolo adecuado para la experiencia mística en la que la mente se libera de la dominación del intelecto y de los apegos emocionales y físicos. Este vino del espíritu se asimila de tal grado que de ahí se deriva una conciencia permanente de Dios. Los Sufis citan a Dios cuando hacen uso de esta metáfora, dado que en el Corán está escrito que: *“Su Señor vierte para ellos (en el estado paradisíaco) un vino puro”*²²

Jamaluddin me estaba pidiendo que finalizara el trabajo que yo había comenzado, el trabajo de revisar mi ambivalencia con respecto a la religión. El sabía que, en mi corazón, yo había aceptado al Islam como mi fe, pero que no me había comprometido formalmente a practicarlo. El sabía, por todo lo que le había dicho, que

no podría lograr regresar a la práctica cristiana, aunque todavía sentía el más profundo respeto por la fe cristiana. Tampoco pensaba que Jesús me hubiera abandonado, pues él en ocasiones aparecía en visiones mientras me encontraba en profunda meditación, y derramaba luz y misericordia sobre mi corazón, que cubría todo mi ser.

Los últimos años de mis estudios sobre misticismo me habían llevado a considerar más seriamente el propósito de las prácticas religiosas. Lo que descubrí a partir de mis estudios era que el misticismo no negaba el valor del ritual y la adoración. Por el contrario, descubrí que la conciencia mística afirma el significado de todo simbolismo, incluso el de la adoración ritual.

Estaba sorprendido por el cambio fundamental en mi pensamiento, después de varios años de sumergirme en la meditación. La práctica meditativa sufi abrió recuerdos que me retrotraían a la infancia. La meditación también me permitió explorar los matices de significados más ambiguos que brotaban de mi inconsciente, significados que o bien había ignorado o bien había dejado de lado por considerarlos demasiado triviales. A causa de las prácticas meditativas, tuve una vida mental mucho más rica. Cuando pensaba acerca de las cosas, en mi mente surgían nuevas asociaciones, y hacía que me resultara más fácil comprender una idea en un contexto más amplio. Finalmente entendí porque no había sido capaz de negar el significado del ritual religioso, aunque mi intelecto se había mostrado despectivo respecto a él como una muestra externa de adoración. Durante años mi mente racional había insistido en que las formas exteriores de adoración no eran importantes, que tan sólo importaba la contemplación interna de lo Divino. Algo más dentro de mí, alguna capacidad visionaria, no podía aceptar del todo la determinación de mi intelecto, pero no había sido capaz de resolver este problema hasta este punto porque no había contado con las herramientas para hacerlo.

Después de mi adiestramiento en la práctica sufi, cuando yo pensaba respecto a la adoración, imágenes aparentemente no relacionadas acudían a mi mente. A menudo estas eran imágenes y recuerdos de mi infancia en Tahití. Uno de los recuerdos que recuperé fue la imagen de mi madre, una de las bailarinas más exquisitas del lento estilo de danza hawaiano, cuando enseñaba esta forma de *hula* a sus estudiantes tahitianos en nuestra casa en Punaauia. El *hula* que mi madre había llegado a dominar no era en absoluto como la versión turística y degradada de esta danza tradicional. Ella se movía

lenta y armoniosamente, bamboleándose con gracia mientras sus manos contaban una historia de la forma más encantadora que se pudiera imaginar. Pude ver la energía de la Belleza moviéndose a través de ella en pulsaciones que emanaban de su corazón y fluían a través de sus brazos oscilantes hacia sus manos expresivas, y la abandonaban suavemente en los gestos de sus dedos. Al observar su danza, me quedaba claro que ella era una persona diferente mientras danzaba, de alguna manera ella representaba algo más, algo mucho más grande que ella misma. Mientras recuperaba estas imágenes de la infancia, lo que yo había absorbido inconcientemente empezaba a aclararse para mí. Había identificado a mi madre, cuando ella danzaba de esta manera, con la belleza sorprendente del medio ambiente natural de Tahití. Desde la perspectiva de mi infancia, cuando danzaba, ella era una parte, incluso estaba en el centro mismo, de esta revelación de la belleza de la naturaleza.

Este tipo de lenta danza tradicional hawaiana en realidad tenía como propósito ser una forma de narración de historias. Había llegado a captar esta idea: que esta danza expresiva relataba una historia en un nivel muy profundo. A partir de esta comprensión, entendí que, de hecho, toda la Naturaleza contaba la historia divina. Me di cuenta de que los seres humanos también participaban en este relato en diferentes niveles y grados, de acuerdo a sus naturalezas, a través de sus acciones, y a través de sus expresiones físicas en este mundo.

Naturalmente esta comprensión me llevó a considerar al cuerpo y el papel de auto-expresión que éste cumple en el mundo. El alcance de esta expresión puede variar enormemente aún en la misma persona, como un libro que se puede usar para cualquier cosa, desde un tope para la puerta hasta un texto fuente de liberación mental. Pensé hasta que punto estamos expuestos inevitablemente a las percepciones sensoriales. Después de todo, nosotros llegamos como seres dentro de nuestros cuerpos a un mundo que es otro cuerpo, un cuerpo más grande compuesto por muchas cosas. Pero dado que somos seres con mente e imaginación, podemos inferir significados de los cuerpos del mundo mientras interactuamos con ellos. Para los místicos, tanto neoplatónicos o sufis, esto no es un accidente. Todos los cuerpos se consideran símbolos dentro de la forma, representaciones de realidades que se originan en un reino más abstracto y se cubren con las formas de este mundo. Es por esto que se piensa que estas mismísimas formas

nos pueden guiar espiritualmente de regreso a nuestros orígenes en el reino abstracto, eterno.

El sol puede evocar para la mente visionaria una conciencia irresistible de la Verdad última. Los árboles representan la vida y también son símbolos de protección y nutrición. Su porte sugiere adoración y alcanzar los reinos sublimes más allá de los nuestros. Las montañas personifican la majestad y la serenidad. Consideré que en gran medida la cultura y nuestro medio entorno social inmediato eran los que nos enseñan cómo ver a la naturaleza y nuestra propia presencia dentro de ella, ya sea como una experiencia sagrada o trivial o algo entre medio de las dos. Los nativos americanos y los polinesios con facilidad utilizan imágenes de la naturaleza en el simbolismo visionario de sus culturas.

Fue en gran medida a causa de estas percepciones que surgieron de experiencias visionarias, que en los últimos años había integrado dentro de mi pensamiento respecto a la religión, que desarrollé la convicción de convertirme al Islam. Acepté la afirmación de que el Corán es una revelación proveniente de Dios a través de su mensajero Muhammad. La experiencia visionaria se había abierto camino entre el cinismo de mi enfoque de vida moderno, occidental y racional, de forma tal que ahora yo era capaz de comprender los acontecimientos intrincados e ilimitados del mundo como la narración de una historia. Veía al narrador como la Existencia en Sí Misma, que contaba a la totalidad del cosmos acerca de los significados infinitos que ella encierra en Si Misma. La infinitud muestra sus señales, sus indicaciones por todos lados. La Existencia siempre esta describiéndose a Sí Misma, en infinitos grados de claridad y ambigüedad. Comprendí que esto es lo que el Corán está tratando de enseñarnos. No estaba yo simplemente tergiversando la religión del Islam para adecuarlo a una extraña visión personal. El Corán es donde yo encontré la guía para esta visión de la existencia. En el Corán hay muchas referencias al cosmos como un simbolismo que despliega la Verdadera Realidad; en uno de los versos más famosos Dios dice: *“Les mostraremos Nuestros signos en el horizonte (el cosmos en su totalidad) y dentro de ellos mismos (o sus almas), hasta que resulte evidente para ellos que esta es la Verdad (o que Él es la Realidad).”*²³

Ya no esperaba que un libro como el Corán debiera ser limitado por la racionalidad o la lógica. Por el contrario, entendí que tenía que ser amplio en su presentación para ser capaz de atraer tanto a las capacidades visionarias como a las capacidades racionales de la gente. Vi al Corán como un registro de las revelaciones visionarias que necesitaba comprender.

También estaba listo para aceptar las prácticas de devoción del Islam. Recordé como, cuando por primera vez observé a los musulmanes orar, me maravillaron sus movimientos de devoción. Los movimientos serenos en las posturas de los adoradores: su postura erguida, la inclinación, y el postrarse por completo ante el nicho de oración orientado hacia la Meca, de inmediato evocaban en mí una visión de entrega espiritual. Lo que veía en la belleza de su adoración no era distinto de lo que había visto en la danza expresiva de mi madre. Sus plegarias eran más austeras que las danzas de mi madre, sin embargo en ambos veía una relación entre el cuerpo humano y la expresión de lo sagrado. Veía que el cuerpo puede, simbólicamente y por medio de gestos, expresar la belleza espiritual que reside en su interior.

Encontré apoyo para esta percepción en la escritura extra-coránica del *hadith*: “Verdaderamente Allah es hermoso, y Él ama la Belleza” (*Inna Allaha jamilu yuhibu-l-jamal*). Del mismo modo que Dios en el Corán se describe a Sí Mismo como Luz, como Viviente, y como poseedor de muchas otras cualidades, Él también se describe a Sí Mismo como Hermoso. Y siempre, muchas veces a lo largo de cada capítulo del Corán, Él describe su naturaleza como fundamentalmente Misericordiosa.

Había llegado a la mezquita situada al lado de la tumba de Rumi para entregarme al Islam, el Islam de la Misericordia. Por mis estudios del Corán, comprendí que esto es lo que el Islam requiere. También esto es lo que comprendí a partir de la búsqueda en mi propia conciencia y al examinar el amplio espectro de afirmaciones sobre esta fe hecha por los diferentes musulmanes que había encontrado durante mis años en Asia. Después de todo, el Corán es la autoridad final en cualquier cuestión respecto al Islam. Sin lugar a dudas éste afirma que los musulmanes deben aceptar a Dios como la única realidad, aceptar el Corán como la guía final en religión, y cultivar la misericordia de un corazón abierto hacia el mundo.

Fue en base a esto que comencé a evaluar a la gente que afirmaba representar al Islam. Mi criterio fue lo suficientemente directo: ¿Abogaba un mensaje islámico específico por la misericordia que Dios se atribuye a Él Mismo y demanda de los seres humanos?

La mayoría de los islamistas afganos y árabes con los que me había encontrado en Afganistán se comportaban de una manera que me entristecía mucho. Lo que ellos tenían en común era la falta de misericordia cuando trataban con cualquiera fuera de su credo. Por esta razón, causaban gran sufrimiento dondequiera que obtuvieran poder. Parecían por completo incapaces de aceptar cualquier otra idea, que no fuera la que ellos sostenían, respecto a lo que significa ser un musulmán. Ellos gobernaban mediante mandatos opresivos que se mantenían bajo la amenaza de prisión o muerte. Un ejemplo trágico del resultado de esta práctica se puede ver en el rechazo de otras escuelas islámicas por parte de la secta Wahabi en Arabia Saudita a principios del siglo diecinueve. Los musulmanes que no aceptaban los puntos de vista wahabi eran declarados herejes que, legalmente, podían ser encarcelados y asesinados. Fue el dinero wahabi el que, en los años 80, financió la propagación de estos puntos de vista intolerantes en Afganistán. Con frecuencia, me vi expuesto a la pena abrumadora de los parientes de aquellos asesinados por negarse a compartir los puntos de vista de estos fanáticos o como castigo por alguna debilidad humana común y corriente.

Me sentía consternado por las muchas interpretaciones estrechas y mezquinas de las escrituras que había encontrado, aún en los sermones que se proferían en algunas mezquitas en Norteamérica. Mis estudios del Corán me habían llevado a rechazar las interpretaciones dogmáticas de estos fanáticos. Sus frecuentes referencias a escenarios de castigos infernales ya me eran familiares por mi educación cristiana. Me impactaba el hecho de que los fanáticos religiosos, tanto musulmanes como cristianos, en realidad están comprometidos en un comercio de engreimiento movido por la emoción. En sus propias mentes establecen una dicotomía de “nosotros” versus “ellos” en la que los “otros” arderán en el infierno por no seguir el punto de vista de los fanáticos religiosos. Obtienen provecho emocionalmente de este sentimiento de que ellos son mejores que otras personas. Los fanáticos de cualquier religión señalarán las referencias en las escrituras para justificar sus afirmaciones, mientras se entregan constantemente al engreimiento. Si bien es verdad que hay muchos versos en el Corán que amenazan con

castigos severos para varios pecados, esos versos están presentados junto con el mensaje fundamental del Corán de amor y clemencia. En el Corán queda claro que es Dios y no el hombre quien decide a quién señalar como pecador y a quién castigar.

Al final estaba listo para asumir el más grande compromiso de mi vida: el de identificarme a mí mismo como musulmán. Lo que resultaba sobrecogedor acerca de esta decisión era un sentido de responsabilidad respecto a abrazar por completo esta nueva fe. Estaba listo, me adelanté para hablar.

Recité el testimonio de fe: *La illaha illa Allah, Muhammad ar-Rasul Allah* “No hay dios sino Allah. Muhammad es el mensajero de Allah.”

Juntos, mis amigos y yo dijimos plegarias y fuimos desde la mezquita a la tumba de Rumi. En la tumba hice una suplica a Dios, pidiéndole a Él que siempre me apartara del error y de la intolerancia. Caminé hacia un poema colgado en la pared cercana, uno que leía en cada visita a la tumba. Es un poema del sufí Abu Sa'id Abu Khair, el cual revela el corazón abierto de los sufis.

*¡Ven, ven! ¡Cualquiera que tú seas, ven!
Tanto infiel, mago, o adorador de ídolos. ¡Ven!
Nuestra corte no es un lugar de infelicidad, así que aunque
hayas quebrantado tus juramentos cientos de veces, ¡ven!*²⁴

Todavía tenía que dilucidar, específicamente, como iba a aplicar las enseñanzas del Islam en mi vida moderna y occidental. No solo fueron los versos del Corán escritos en otro tiempo y cultura, sino que las interpretaciones del mismo, al igual que las interpretaciones de las escrituras judías y cristianas, varían considerablemente de una comunidad a otra.

Lo que es absoluto y está más allá de consideraciones temporales es la enseñanza del Corán acerca de la naturaleza de Dios, y la intimidad primordial que existe entre Dios y los seres humanos. El Corán advierte al creyente acerca de la alegría o el sufrimiento que uno atrae sobre sí a través de la fidelidad, o la falta de ésta, a esta naturaleza primordial dentro de nosotros. Más aún, muchas historias en el Corán

proporcionan una guía para avivar la intimidad con Dios, una intimidad que se puede encontrar en nuestra propia naturaleza. Reavivar esta intimidad es el propósito central de la adoración.

Acepté la doctrina islámica respecto a que los seres humanos con facilidad se alejan de su naturaleza primordial como consecuencia de las muchas experiencias que los desvían en la vida. El Corán afirma que son los apetitos de la vida y las penas, las que nublan esta naturaleza con capas de apego, resentimiento, miedo, y aburrimiento. Personalmente encontré que la llamada del Corán a una adoración apasionada de Dios, me era más atractivo y útil que los caminos de distanciamiento abogados por alguna de las otras religiones orientales que había estudiado. En verdad la plegaria islámica parecía sentarme bien. Al realizar regularmente las plegarias todos los días aprendí la liturgia de muchos de los versos coránicos en árabe. En un par de ocasiones yo ya había mantenido el largo mes de ayuno del Ramadán como una prueba y era consciente de los beneficios de esa práctica. Como musulmán, ahora yo también estaba obligado a cumplir con el deber de dar caridad, una práctica que siempre había tenido sentido para mí como una forma de enriquecer a la comunidad en general. De esa manera yo había aceptado los primeros cuatro pilares del Islam: el testimonio de la fe islámica, la plegaria, el ayuno y la caridad. Todavía tenía que cumplir con el quinto pilar: la peregrinación a la Meca.

Llegué a comprender que el Corán es una revelación con múltiples niveles que se extiende desde los temas más mundanos a los más sagrados. El Corán tiene por objetivo todos los tiempos y culturas, aún así en ciertos aspectos parece estar restringido a la cultura del tiempo y lugar del Profeta Muhammad. Comencé a distinguir entre el mensaje eterno del Corán, en el cual la voz de la Divinidad define las relaciones absolutas y los significados esenciales que nunca cambian, y las relaciones sociales y temporales efímeras que sí cambian y varían.

Como un ejemplo de esto último, existen un número de versículos acerca de los esclavos. Estos versículos por un lado abogan por otorgarles la libertad a los esclavos como forma de expiación de los pecados, y por otro lado, permiten que los hombres tengan relaciones sexuales con sus esclavas, incluida la mención de mujeres recientemente capturadas. Hay también lecciones metafóricas en estos versos. No

obstante, uno debe dejar de lado las interpretaciones metafóricas para considerar la aplicación externa de estos versos a una cuestión social urgente en los tiempos de Muhammad. Esto era la regulación de la práctica preexistente de la esclavitud en Arabia. Estos versos en particular no tienen una relación concreta con la vida moderna. Creo que, solo por que estos versículos existen en el Corán, uno no debería asumir que la esclavitud de alguna manera esta justificada. Más bien, uno debería considerar que el Profeta encontró a Arabia de la forma que era en el siglo sexto, y algunas de las revelaciones que recibió se referían a temas sociales muy específicos que necesitaban alguna modificación. En el caso de la esclavitud, hay claras indicaciones de que las revelaciones tenían la intención de mejorar la situación de los esclavos y alentar a los musulmanes a tratarlos bien y liberarlos. En este ejemplo pude ver con facilidad que yo no debería intentar imitar la vida o cultura de ese tiempo, pero debería reflexionar acerca de los principios de la ética y moralidad a los que se referían las cuestiones temporales en el Corán como en este caso.

Otro ejemplo de temporalidad en el Corán se encuentra en los versos que buscan proteger la privacidad de Muhammad al pedirles a los creyentes que no le molesten. Aunque estos versos pueden ser aplicados metafóricamente, los versos eran específicos para el tiempo y lugar del Profeta Muhammad. Muchos musulmanes que conocí sostenían que cada palabra del Corán debía ser tomada literalmente y aplicada incondicionalmente a la vida de uno mismo. Para mí quedaba claro, a partir de los pasajes mencionados y algunos otros que no podía tratar cada versículo coránico de la misma manera. En verdad tenía que pensar acerca del propósito y aplicación de la escritura particular en cuestión. Necesité varias lecturas del Corán y mucha reflexión acerca de esto para ser capaz de discernir lo que era verdaderamente relevante para mi situación.

El Corán se iba a convertir en un amigo íntimo. De alguna manera, cuando lo abría al azar, encontraba la guía precisa que necesitaba en ese momento. Se volvió una guía para evaluar mis experiencias visionarias como así también mis muchas carencias. El Corán es la voz de Dios que me habla directamente acerca de Su amor como así también Su pena sobre cuan lejos me he extraviado de mi conciencia primordial. Al profundizar mis estudios y la meditación, mis experiencias visionarias se volvieron más intensas. Su impacto fue profundo, duradero, y útil para mi desarrollo espiritual.

Mientras recobro la conciencia me encuentro yaciendo de espaldas sobre una superficie dura. Intento moverme pero siento que mis manos y pies están atados. En la débil luz miró alrededor tanto como puedo con el movimiento de mi cabeza. Cerca de mí hay gente de pie y hablando. Los hombres están vestidos con algún tipo de vestiduras antiguas, parecidos a atavíos afganos pero con una apariencia más árabe. Al mirar hacia abajo veo que estoy acostado sobre un bloque de piedra negra, tan alto como un altar. Al hombre más cercano a mí le pregunto donde estoy pero él no responde, solo me mira. Entonces él levanta la mirada. También yo levanto la mirada y veo un enorme obelisco suspendido por encima de mí en el espacio. También es de piedra negra. Es más grande que un automóvil y un tanto redondeado y amorfo pero con una forma de cuña en el extremo frente a mí. El extremo afilado de la cuña esta a solo tres pies por encima de mí. Veo que está afiladísimo. Ahora entiendo. Estoy atado aquí y lo que va ocurrir es “un sacrificio”, mi sacrificio. No estoy aterrorizado. Estoy resignado, en calma. El obelisco comienza a bajar directamente sobre mi corazón. Al tocar mi pecho, siento una presión inmensa. Se hace insoportable mientras la hoja raja mis costillas y luego se abre paso a través de mi tórax. El obelisco continúa bajando hacia mi corazón. Al principio hay un dolor agudo, pero desaparece a medida que me entrego. De repente mi mente esta viajando muy rápido hacia fuera, expandiéndose más allá de la escena del sacrificio, más allá de las montañas. Estoy en éxtasis más allá de toda medida. Soy, pero ya no soy yo mismo. Ahora estoy impregnando todo el cosmos.

A menudo la palabra Islam se ha traducido como “sumisión.” En realidad la raíz del significado de la palabra Islam se refiere a las ideas de paz y entrega. Ciertamente me tomó años el entregarme a mi atracción por esta religión y a la idea y la práctica de la entrega. De alguna manera valía la pena que me hubiese demorado tanto tiempo en convertirme en musulmán porque en el ínterin yo había madurado. La experiencia mística, la conciencia directa de Dios, realzó mi comprensión del Islam, a la vez que el Corán se convirtió en una fuente básica para mis estudios en misticismo. Al nivel más profundo, descubrí que esta conversión era una rendición interna, un estado mental de dejar de lado el intentar cualquier cosa salvo orientarme hacia lo Divino. Es aquí donde encontré la paz del Islam.

En los meses que siguieron a mi conversión formal al Islam, permanecí en California. Intenté organizar un regreso al norte de Afganistán para ayudar con la distribución de alimentos, pero no pude desligarme de la recolección de fondos que se esperaba que yo realizase para mantener a nuestra pequeña Fundación a flote. Las cosas nunca lograron resolverse con la UNHCR con respecto al proyecto de las alfombras, aunque al menos ellos desistieron de sus aclamaciones acerca de cómo gastaríamos el dinero del fondo financiero. En cualquier caso, no tenía interés en regresar a Pakistán. Había visto lo realmente ineficaces que habían sido esas operaciones de cruce de fronteras.

En los Estados Unidos, cientos de alfombras permanecían en inventario, muchas de ellas imposibles de comercializar, defectuosas en algún pequeño detalle u otro. Me reuní con líderes de varias mezquitas afganas en la Bay Area (Bahía de San Francisco) para discutir como donarles a ellos estas alfombras. Esto resultó ser la solución correcta para este problema. Muchas mezquitas se usaban para otras actividades, tales como la enseñanza. Todos los que había contactado querían beneficiarse del ofrecimiento para hacer sus mezquitas más confortables. Durante unos meses regalamos una enorme cantidad de estas alfombras defectuosas.

Después de enterarme de la muerte de varios de mis amigos y asociados afganos en el norte de Afganistán, decidí que no volvería a instalar una oficina allí hasta que las cosas se normalizaran. Mantuve correspondencia con algunos, pero hice nuevos planes para trabajar con refugiados localmente, en California. Ahora nuestra Fundación centraría su atención en las artes tradicionales de Afganistán.

Había dedicado años de mi vida a trabajar en Afganistán pero era hora de seguir mi rumbo. Estaba afectado profundamente por lo que experimenté allí; ahora soy una persona diferente. Sentí un cambio positivo en mi mismo gracias al compañerismo que tuve con muchos grandes personajes afganos, luces brillantes en un mundo en problemas. Lo que gané con esas asociaciones está más allá de lo que se pueda expresar con palabras. Percibo con claridad esta diferencia en mi persona. Dentro de mí hay calma y aceptación de lo que es así. Externamente he aprendido a expresarme en forma directa. Quizá siempre llevaré algo de tristeza por el sufrimiento del que fui testigo. La

exposición al dolor de la guerra no ha puesto fin a mis defectos. Sin embargo ha expandido mi alegría y mi apreciación de la vida.

Mi búsqueda me ha enriquecido. Y de toda la riqueza que me ha sido otorgada, ninguna es más preciada que el jardín oculto del Sufismo, un jardín fragante de gran belleza.

²² Corán 76:21

²³ Corán 41:53

²⁴ Mansur Khanlu, *Bar gozidaye rubaiyati 'erfani* (Iran: Dar khilwati shab, 1984), página 34.